



DIÓCESIS DE CABIMAS

Mons. Ángel Francisco Caraballo Fermín

Obispo

**HOMILÍA EN LA MISA DEL PRIMER ANIVERSARIO DEL
FALLECIMIENTO DEL P. ANDRÉS ELOY MONTERO PÉREZ.**

29-VII-2021

Queridos hermanos:

Ya hace un año, que los restos mortales cremados del P. Andrés reposan en esta Santa Iglesia Catedral, en la cual el P. Andrés sirvió al Señor como monaguillo, descubrió su vocación, recibió la ordenación sacerdotal y, en la última etapa de su vida, sirvió como párroco.

Hoy, nos hemos reunido aquí para ofrecer esta misa en sufragio por su alma; rezar por sus familiares, para que encuentren en el Señor y en nosotros el consuelo que necesitan, pues siempre duele la separación de los que amamos; y reflexionar sobre nuestra propia muerte, porque *“así... está decretado que los hombres mueran una sola vez, y después de esto, el juicio...”* (Hb 9, 27), somos ciudadanos del cielo.

Seguramente, hoy vendrán a nuestras mentes lindos recuerdos del P. Andrés y nuestro corazón, quizás, se llenará de tristeza, pues queremos que esté físicamente todavía con nosotros. El P. Andrés fue un sacerdote que dejó profundas huellas en las personas que tuvimos la bendición de compartir con él, alegrías y penas, éxitos y fracasos.

Estos mismos sentimientos, de tristeza y desconcierto, los tuvo Nuestro Señor Jesucristo, cuando experimentó muy cerca su propia muerte, y la de los seres queridos. Dejémonos iluminar por su ejemplo.

Recordemos aquel episodio de la muerte de su amigo Lázaro. Por tres veces, el Evangelista San Juan, dice que Jesús se conmovió profundamente, que lloró amargamente, pues, en muchas ocasiones, cuando iba o venía de Jerusalén, compartía con él y sus hermanas, Marta y María, en Betania. El Señor no oculta su dolor ni sus lágrimas. Y la gente, cuando lo veía llorar, exclamaba: miren cómo lo amaba. Pero sabemos que esa muerte física temporal estaba en el plan de Dios, para que Jesús mostrará que era Dios y que tenía poder sobre ella, pues Él es la Resurrección y la Vida.

Y unas horas antes de entregar su vida por nosotros, Jesús se retira a la montaña a orar a su Padre para que *“alejara de él ese cáliz, la muerte”*, y era tal su angustia que de su cuerpo *“salía sudor de sangre”*. Pero, confiando plenamente, exclamaba: *“no se haga mi voluntad, sino la tuya”*, pues sabía que Dios *“sabe más”*, y para eso había venido al mundo, para cumplir la voluntad del Padre.

Por tanto, queridos hermanos, al lado del gran dolor que sentimos por la ausencia física de Andrés, seamos hombres de fe y esperanza, pues *“quien cree en Jesús, no morirá para siempre”*.

Recordar algunas verdades de nuestra fe, nos puede ser útil y confortar en los momentos en que la tristeza, a pesar de que somos creyentes, nos abrume y nos quiera quitar la paz.

La muerte es el encuentro definitivo con nuestro Dios. *“Mientras toda imaginación fracasa ante la muerte, la Iglesia, aleccionada por la Revelación divina, afirma que el hombre ha sido creado por Dios, para un destino feliz situado más allá de las fronteras de la miseria terrestre”* (GS, 49). *“Hemos sido creados para vivir con Dios, y nuestro corazón estará inquieto hasta que no descansa en él”* (San Agustín). Somos peregrinos en esta tierra, nuestra patria definitiva es el cielo.

Por tanto, para un cristiano, la muerte es:

.- Una separación física, pero no espiritual. Ya no podremos ver, tocar o escuchar a Andrés, pero él está vivo. Vive en Cristo Jesús que se sacrificó, murió y resucitó por él, y lo acoge en su reino donde no hay injusticias ni desasosiego. Vive en los sentimientos y pensamientos de sus seres queridos. Vive en la obra y en el ejemplo que nos dejó. Vive en sus ideales, inquietudes, aspiraciones y sueños.

.- Una separación temporal, no definitiva, ya que nuestro amado Señor Jesucristo lo ha prometido de manera solemne: *“El que cree en Mí, aunque muera, vivirá; y todo el que vive y cree en Mí no morirá para siempre”*. Le hemos dicho a Andrés “hasta luego”; un día, cuando el Señor lo disponga, nos encontraremos nuevamente en el cielo. Y si la partida nos causa tristeza, el reencuentro, en el cielo, nos causará una gran alegría y llenará nuestras almas de gozo verdadero y perenne. Nosotros aspiramos llegar también al cielo, esa realidad que San Juan describió con estas palabras: *“Vi un cielo nuevo y una tierra nueva... Esta es la morada de Dios con los hombres... Dios secará las lágrimas de sus ojos. Ya no habrá muerto y lamento, ni llanto, ni pena”* (Ap 21, 1,3).

La muerte no es un punto final, es un tránsito. Al acabar nuestro viaje en el tiempo, viene el paso a la eternidad.

Y ¿en qué consiste esta vida? Tomás de Aquino, santo y doctor de la Iglesia, nos responde:

.- En primer lugar, en la unión con Dios. Dios mismo es el premio y fin de todos nuestros trabajos. Yo soy tu protector, y tu galardón grande sobremanera (Gén 15, 1). A la vez, esta unión consiste en la visión perfecta: Ahora vemos en un espejo, confusamente; entonces veremos cara a cara (1Cor 13, 12).

.- En segundo lugar, la vida eterna consiste en una perfecta sociedad de los deseos, porque en ella todos los bienaventurados tendrán más de lo que anhelan y esperan.

.- En tercer lugar, la vida eterna consiste en una seguridad total.

.- En cuarto lugar, en la feliz compañía de todos los bienaventurados, compañía que será la más agradable, porque serán de cada uno los bienes de todos. (Sobre el Credo).

De ahí, queridos hermanos, que nunca hemos de tener miedo a la muerte, a ese tránsito a la vida eterna. Precisamente, por esta visión cristiana de la muerte, San Francisco de Asís pudo exclamar en el Cántico de las criaturas: «*Alabado seas, Señor mío, por nuestra hermana la muerte corporal*» (Fuentes franciscanas, 263). Frente a esta consoladora perspectiva, se comprende la bienaventuranza anunciada en el libro del Apocalipsis, casi como coronación de las bienaventuranzas evangélicas: «*Bienaventurados los que mueren en el Señor. Sí -dice el Espíritu-, descansarán de sus fatigas, porque sus obras los acompañan*» (Ap 14, 13). Y San Josemaría se atrevió a escribir: “*No tengas miedo a la muerte. Acéptala, desde ahora generosamente... cuando Dios quiera..., como Dios quiera..., donde Dios quiera. No lo dudes: vendrá en el tiempo, en el lugar y del modo que más convenga... enviada por tu Padre Dios. Bienvenida sea nuestra hermana la muerte*”.

Aprovecho, este momento, para manifestarle a la familia de Andrés, especialmente a su mamá, Doña Delia, y hermanos, nuestra solidaridad, cercanía y oración. Ustedes forman parte de esta gran familia diocesana. Pueden siempre contar con nosotros.

Hace algunos días, una persona que conoció al P. Andrés me hablaba de su cercanía, jovialidad, don de gente, su capacidad de escucha y comprensión. Todo ello, le ayudó mucho en su vida familiar y en su compromiso con la Iglesia.

Andrés fue un buen sacerdote, entregado completamente al ejercicio de su ministerio. La Iglesia, nuestro pueblo fiel, necesita buenos sacerdotes. Pero ¿cómo reconocer al buen sacerdote? El Papa Francisco nos da la respuesta: “*Al buen sacerdote se lo reconoce por cómo anda ungido su pueblo; esta es una prueba clara. Cuando la gente nuestra anda ungida con óleo de alegría se le nota: por ejemplo, cuando sale de la misa con cara de haber recibido una buena noticia. Nuestra gente agradece el evangelio predicado con unción, agradece cuando el evangelio que predicamos llega a su vida cotidiana... cuando ilumina las situaciones límites, «las periferias» donde el pueblo fiel está más expuesto a la invasión de los que quieren saquear su fe. Nos lo agradece porque siente que hemos rezado con las cosas de su vida cotidiana, con sus penas y alegrías, con sus angustias y sus esperanzas. Y cuando siente que el perfume del Ungido, de Cristo, llega a través nuestro, se anima a confiarnos todo lo que quieren que le llegue al Señor: «Rece por mí, padre, que tengo este problema...». «Bendígame, padre», y «rece por mí» son la señal de que la unción llegó a la orla del manto, porque vuelve convertida en súplica, súplica del Pueblo de Dios. Cuando estamos en esta relación con Dios y con su Pueblo, y la gracia pasa a través de nosotros, somos sacerdotes, mediadores entre Dios y los hombres*”. Estas palabras del Papa Francisco describen, muy bien, el ser y el actuar del padre Andrés.

Los restos mortales cremados de Andrés reposan en esta Santa Iglesia Catedral, santuario que custodia la reliquia de Nuestra Señora del Rosario y San Benito de Palermo, santos a los que el P. Andrés apreció, invocó, sirvió y propagó su

devoción. Próximamente, cuando la situación de la pandemia mejore, será nombrado el párroco de esta importante comunidad de nuestra diócesis. Les pido que recen por mí, a fin de que coloque al sacerdote idóneo para este servicio eclesial.

Seguimos celebrando devotamente esta Santa Misa, con los sentimientos expresados por el Salmista, confiando que ya el p. Andrés alcanzó la vida eterna: *“Preparas ante mí una mesa, enfrente de mis enemigos; me unges la cabeza con perfume y mi copa rebosa... Y habitaré en la Casa del Señor por años sin término”*. Amén.



+ *Ángel Caraballo*
† **Ángel Francisco Caraballo Fermin.**
Obispo de Cabimas

Prot. 2021/165